

# **El colegio de los chicos perfectos**

Federico Ivanier

loqueleg

Quizá no crean ni media palabra de lo que voy a decirles. Es más, factiblemente, yo no me creería a mí mismo si fuera a leer lo que les voy a contar. Me reiría a carcajada limpia de algunos pasajes. Aún hoy hay momentos en que me vienen las dudas y tengo que llamar a Mariana para preguntarle si todo *realmente* aconteció o fue una pesadilla, producto de mi imaginación. Así que los entiendo si alzan una ceja y entrecierran los ojos al enterarse de los pormenores de mi historia.

Pero eso no cambia nada: alguien tiene que documentar los hechos con los Perros de Tíndalos y los *zorks*, y yo mejor que nadie, como ya van a ver. Sería imperdonable no hacerlo. Así que, antes de tomarme unas merecidas vacaciones, voy a dejar registrados todos los detalles.

Es simple: si lo que ocurrió en el colegio Saint Beatrice es posible (y lo es, yo estuve ahí, en vivo y en directo), entonces nadie está totalmente seguro. Ni yo, ni ustedes: nadie.

Para empezar, yo no iba al Saint Beatrice, sino al Bauzá. No sé si lo conocen. Queda en la calle Lucas Obes, frente a la cancha de Bella Vista. Es una mole en forma de L, con tres pisos y ocupa toda la manzana. Ahí cursé primero hasta que, sobre diciembre, mientras paseaba por el zoológico, mi madre decidió comunicarme que tenía planes para mi futuro.

10 Siempre odié el zoológico, no sé por qué. Desde la escuela, lo odio. Siempre me quedó la imagen de Noemí, mi maestra de tercero, entrando al salón con una sonrisa enorme y diciendo:

—¡Hoy tenemos paseo!

—¿Y adónde vamos, maestra?

—¡Al zoológico!

Siempre lo mismo. Si había una salida, Villa Dolores, allá vamos. Igual, nunca me gustó. Ya sé que cuidan a los animales, que tienen veterinarios y ayudan a que se reproduzcan las especies en extinción, pero no me cierra eso de tener un tigre enjaulado para que la gente diga: “qué lindo animalito”.

Noemí decía que en el zoológico aprendíamos sobre los animales y yo me preguntaba qué podíamos aprender sobre ellos, si estaban encerrados. Un tigre no hacía cosas de tigre adentro de una jaula. No era un tigre de verdad. No podíamos aprender nada. Por tanto, el zoológico no me gustaba nada.

No importa. El hecho es que allá estaba, en pleno diciembre, en lo de mi tía Marcia, junto con ella, mis

dos primitos, Eugenia y Martín, y mi madre. Mi tía Marcia quería llevar a Eugenia y Martín de paseo por el zoológico. Los dos nenes estaban locos de la vida y a mi madre le pareció una idea bárbara ir con ellos.

—Pero, ¿cómo no vas a venir? —me espetó cuando dije que no tenía ganas—. Si nunca ves ni a tus primos ni a tu tía.

—Puedo esperarlos acá.

—¿Haciendo qué, si se puede saber? No veo que te hayas traído nada para estudiar.

11

Mi madre estaba un poco intranquila, digamos, por las notas un poquito lamentables que venía sacándome en el liceo. Y estaba pesada con eso de que no estudiaba.

—¡Pero si las clases ya terminaron!

—¿Y qué? ¿Acaso no te fuiste a Matemáticas?

—Quiero quedarme leyendo —le dije.

Y le mostré mi ejemplar de *Los Mitos de Cthulhu*, un libro de cuentos de terror y ciencia ficción que estaban de más.

—Bueno, podés leer en el zoológico. No te vas a quedar adentro con este día *precioso*.

Toda mi vida aborrecí los días preciosos. No entiendo por qué uno tiene que salir a dar vueltas por ahí sólo porque sale el sol. En fin. Durante la interminable caminata aproveché cada oportunidad para leer. Especialmente cuando me crucé con un par de parejas paseando. Me hizo acordar a Pamela, mi novia algo así como por dos

semanas, hasta que un buen día cortó conmigo y a los quince segundos se arregló con Franco, otro compañero de clase. Así de bien me va con las mujeres.

—Estuve pensando sobre tu liceo, Ale —dijo mi madre.

—¿Sí?

—No vas a ir más ahí.

—¿Ahí, adónde?

—Al Bauzá.

—¿Qué?

—Mjm. Como oíste. Es un caos ese lugar. Muy desorganizado para un adolescente.

—¿Qué decís, ma? Nada que ver.

—No me vengas con “nada que ver”. Las cosas que pasarán ahí y ni me entero. No, señor. Al Bauzá no vas más.

—¿Por qué? Yo quiero seguir yendo. Ahí van mis amigos.

—Justamente. Necesitás un cambio de aire.

—¿Un cambio de aire?! Yo no necesito ningún cambio de aire. Mi aire está perfecto.

—Ya está decidido.

—¡Yo no me voy a cambiar nada!

—No sos vos el que se cambia. La que lo hace soy yo. La miré estupefacto. En mis trece años de vida, mi madre nunca había dado un golpe de estado semejante.

—Vas a ir a un colegio nuevo que queda en Pocitos.

—¿En Pocitos? ¡Eso es casi en la otra punta de la ciudad!

—Sí.

—¡No voy a conocer a nadie!

—Todo es cuestión de tiempo. El liceo se llama Saint Beatrice y...

—Además, no tenemos plata para pagar un colegio privado.

Mi madre me dedicó una de sus más amplias sonrisas.

—Ya sé, pero te conseguí una beca.

—Pero...

—Es un colegio nuevo, que se especializa en trabajar con chicos con problemas de conducta.

—¡Y dale con la conducta! ¡Yo no tengo problemas de conducta!

—Alejandro: haceme el favor. Ahora fue el lío este con el profesor de Matemáticas. ¿Y después qué? ¿Que te suspendan? ¿Drogas? —mi madre siempre estaba preparada para el melodrama total: si hay algo que *no* me interesa son las drogas—. Si no es una cosa, es la otra. Mirá, Alejandro, yo tengo que decidir por tu bien, que para eso soy tu madre. Bueno, como te iba diciendo: este colegio trabaja con chicos con dificultades de adaptación...

—¿Quién tiene dificultades de adaptación?

—Alejandro Soca, no me interrumpas más. —Suspiró—. Bueno, sigo. Trabajan mucho a nivel de integración y tienen un programa de becas muy bueno. Gracias a tu tía, que conoce a unos amigos que envían al colegio a sus hijos, pudimos hacer que nos recomendaran y que nos

dieran la beca. Ya hablé con la directora, la señora Amanda Fontaine, una persona muy amable que tiene muchas ganas de conocerte.

—¿Qué?!

—Así que aprontate, porque vamos a ir a visitarla.

Ir a conocer a la directora de mi futuro colegio, como cuando uno va a ver un amigo... ¿Adónde va a llegar este mundo?

14

\* \* \*

Si alguien pensaba que me iba a entregar sin pelea, estaba muy equivocado. Yo no iba a dejar que me movieran de un liceo a otro, como un monigote. Pero a mi madre, cuando se le pone algo entre ceja y ceja, la única manera de frenarla es tirarle gas paralizante y no le vas a tirar gas paralizante a tu madre, así que no tenía salida. Estaba liquidado.

Igual, yo hice lo que pude. Puse todas mis razones, simulé llorar, amenacé con fugarme de mi casa, volverme *rockero* y nunca más cortarme el pelo, prometí repetir eternamente segundo año y hasta me negué a comer (evento que terminó en una bochornosa cena a las dos de la mañana), pero no tuve chance.

Pocos días después marchaba rumbo al bendito Saint Beatrice. Quedaba en la calle Benito Blanco, número setecientos veintinueve. Era una casa vieja, enorme, que había sido adaptada para colegio. Parecía

sacada de la campiña inglesa. A diferencia del revoque viejo y suelto del Bauzá, alias La Mole, y sus pisos con la mitad de las baldosas, este lugar tenía enredaderas por las paredes, ladrillos en perfecto estado y puertas recién pintadas. Un regio cartel de madera tallada decía: COLEGIO SAINT BEATRICE.

Un gato negro se nos cruzó delante y sentí el influjo de la mala suerte. Un portero que seguro fue doble de Schwarzenegger en *Terminator* vigilaba la entrada, con las manos atrás. Mientras mi madre le explicaba que teníamos una cita con la directora, miré sus brazos llenos de músculos. Si se le antojaba, me podía arrugar como un papel, guardar en un bolsillo y ni acordarse hasta la noche. Traté de imaginarme para qué necesitaban tanta seguridad si no era más que un colegio, pero no se me ocurrió nada.

El caso fue que nos abrió cortésmente la puerta y penetramos en el interior oscuro. Me costó adaptarme a la diferencia de luz. Me sentí un ciego, no podía ubicarme, no sabía hacia dónde ir. Eso fue una señal, creo yo, visto desde ahora, pero en ese momento no le presté atención. Estaba pendiente de otras cosas, como inventar una manera de evitar ir allí.

Pero poco a poco mis ojos se ajustaron. Por dentro, en vez de salones dispuestos en el mejor estilo salas de hospital (como el Bauzá), el Saint Beatrice tenía vericuetos y cada salón poseía algo que lo identificaba, fuera su forma o la distribución de los muebles.

Los pisos estaban impecables y había una moquette azul dentro de la biblioteca. Hasta olía bastante bien. A la entrada de cada salón reposaba un felpudo y colgados de las paredes blancas había cuadros, con información en letra chica. Por ejemplo, uno hablaba de los reyes de Inglaterra; otro, sobre Graham Bell.

Entonces, nos cruzó una señora que rondaría los cuarenta. Llevaba unos lentes de sol, traje elegante y zapatos caros. Su cabello teñido con claritos se sacudía en cada uno de sus pasos. Marcaba un número en un teléfono celular microscópico y el maquillaje no ocultaba una cierta tensión. Atrás iba una chica de mi edad, unos trece años, arete en la nariz y pelo oscuro con un mechón teñido de azul. Sus vaqueros estaban rotos, una remera negra enfundaba su tronco y dejaba al aire unos brazos de piel blanca y pálida. Se movía como si nada en el mundo fuera interesante. Me observó por un segundo: una mirada fría, con la boca apretada. Yo le sonreí, en una cuestión casi gremial. Yo te entiendo, le dije con mis ojos.

Ella ni me miró ni hizo gesto alguno. Siguió de largo y se enterró en la luz blanca de afuera.

\* \* \*

La señora directora Amanda Fontaine me cayó mal del principio. Hasta su nombre me desagradaba. Me parecía lleno de ínfulas. Era una mujer de unos cincuenta, de no más de un metro sesenta, con pelo

asombrosamente rubio (platinado, diría yo), corto y brillante. Pero eso no fue, en realidad, lo que más me llamó la atención. Lo que me dejó mudo fue su gordura. Era la persona más esférica que he visto en toda mi vida. Parecía una pelota gigante, pero su manera desenvuelta de moverse, su confianza al sonreír, mostraba que le importaba un comino.

Esa conformidad consigo misma imponía respeto. Su maquillaje era sobrio. Unos lentes de armazón de plata se le sostenían sobre la nariz y, a su vez, tenían una cadenita que cruzaba su nuca pulposa. Tanto los lentes como la cadenita reflectaban tantos rayos de sol que encandilaban.

Saludó a mi madre con dos besos, como si fueran amigas de toda la vida. Eso me dio mala espina, pero no dije nada.

—Así que vos sos Alejandro —me dijo con una sonrisa. Sus dientes eran perfectos—. ¿Cómo te va?

—Bien —le respondí.

Traté de ser cauto, porque no quería que se hiciera demasiadas expectativas conmigo. Lo peor de los adultos es justamente eso: su necesidad de que cumplas con lo que esperan de vos. Y si no cumplís, te vienen a preguntar qué te pasa.

—Me alegro. Yo soy Amanda, la directora del colegio. ¿Aprontando tus vacaciones?

Tenía un olor particular. No se me ocurre una manera especial de caracterizarlo, pero era un olor que

después me acostumbraría a sentir y, tal vez, por eso dejé de prestarle atención. Pero en ese momento, no lo pasé por alto. Era un aroma a putrefacción, como a gato muerto, aunque, por encima de él, había un cierto tufo dulzón, a agua de colonia. Era un olor raro. No sé si mi madre lo percibió. Sonreía y nada más.

—Algo así —le dije.

18 —Me parece bien —me respondió—. Todos nos merecemos vacaciones. Pasen por acá.

Hasta ese momento estábamos parados en un corredor del segundo piso. Entramos a una oficina donde había una biblioteca con publicaciones sobre pedagogía y educación. Delante, estaba su enorme escritorio de caoba, pintado con el color que personificaba al colegio: el azul. Allí había de todo: agendas, calendarios, un teléfono con fax, un par de portalápices y canastos donde colocar papeles.

A pesar de la diversa fauna que lo poblaba, el escritorio tenía una organización meticulosa, militar. No se veía una mota de polvo, nada faltaba, nada sobraba, nada estaba fuera de lugar. La silla de Amanda era azul, con rueditas, respaldo alto y posabrazos. Se apoltronó allí y nos miró con complacencia, al tiempo que nos hacía gestos para que ocupásemos dos sillas frente al escritorio.

Allá fuimos mi madre y yo. Sobre un costado, un ventilador ronroneaba con suavidad.

—Bueno, Alejandro —empezó Amanda, colocando sus codos sobre la mesa y juntando sus manos—.

Primero que nada quiero darte la bienvenida al colegio Saint Beatrice. Es para nosotros un placer tenerte como alumno, así como esperamos que también sea una alegría para ti venir.

Fue como si hiciera una radiografía de mi pelo castaño, como si inspeccionara cada una de las diminutas pecas que tengo en torno a la nariz. Soy delgado, de piel clara, ojos marrones y relativamente alto. Soy el pibe más común que hay, más común que el agua de la canilla. Pero ella me observó al detalle. Me fiscalizó.

—Gracias —le respondí.

—No hay de qué. Esta es, por lo general, la rutina que seguimos. Tratamos de tener un contacto cara a cara y también de que los alumnos nuevos puedan tener la chance de recorrer el colegio mientras está vacío, para poder acostumbrarse y saber dónde está cada cosa, a qué lugares entrar y a qué lugares no.

Soltó una de sus risas. Era más falsa que un billete de trescientos pesos, pero lo hizo con tanta convicción, que requería mucha sutileza de espíritu darse cuenta. De hecho, mi madre acompañó su risa, como si Amanda se hubiera mandado un chiste graciosísimo.

—Así que, antes de irte, vamos a hacer que Marcos te haga un pequeño *tour* por el lugar. ¿Te parece bien?

Asumí que Marcos era el *Terminator* que cuidaba la puerta. No sería una de las experiencias más excitantes de mi vida recorrer mi futura cárcel con mi futuro carcelero, pero no tenía otra. Sonreí tan falsamente como pude.

—Perfecto —respondí.

—Bueno, ¿tenés alguna pregunta?

Sobre un costado de la biblioteca, casi oculto, observé un imán de heladera con una foto de un gato moteado, muy parecido a un gato montés, con un bosque a sus espaldas. El animal parecía mirar algo sobre un costado. *Felis rufus*, rezaba un cartel debajo. Luego decía: *La habilidad de este gato para adaptarse a su hábitat y a su dieta lo han hecho el más numeroso gato montés en las Américas. Es un felino muy esquivo, muy raramente visto, pero sabe cuándo está siendo observado.*

—No —respondí—. Ninguna pregunta

—Sabés que nosotros, por lo general, tenemos un nivel un poco más alto que en los liceos públicos, ¿verdad?

Me sonrió y por un segundo sus dientes como perlas me parecieron los colmillos de un tiburón blanco. Sentí que ella ansiaba devorarme. No me pregunten de dónde me vino semejante idea, pero así fue. Dije: esta señora tiene ganas de zamparme.

—Sí, ya sé —le respondí.

Amanda mantuvo esa sonrisa que, comprendí, era una de sus más preciadas posesiones. Pero sus ojos tenían un destello oscuro y frío. Eran azules como el hielo. No parecía haber vida detrás de ellos.

—No solamente en inglés, sino en todas las materias en general —explicó Amanda—. Queremos lo mejor de nuestros alumnos y por eso exigimos el máximo. Sobre todo porque estamos dispuestos dar

el máximo. Por eso hacemos que los alumnos nuevos vengan a una puesta a punto durante febrero.

Se me vino el alma a los pies. ¿Febrero? Febrero era parte de mis vacaciones. Parte de mi libertad, de mi vida. Febrero me pertenecía. Era mío, no del liceo.

—¿Febrero...? —atiné a preguntar, confuso.

Mi madre se acomodó en su asiento, nerviosa.

—Sí —me dijo—, ¿o acaso querés estar atrasado para cuando empiecen las clases? Más vale que hagas lo que te dicen.

21

Creo que a partir de esa frase de mi madre, la sonrisa de Amanda fue verdaderamente sincera.

—Sabemos que vos tenés mucho potencial, Alejandro. No aceptamos a cualquiera en este lugar. Somos un colegio chico, sin muchas pretensiones de tupirnos de gente. Preferimos la calidad a la cantidad. Nuestro plan es ir creciendo paso a paso. Además, vas a ver, nuestros alumnos vienen a visitarnos cuando no hay clases. Nosotros somos un colegio de puertas abiertas.

Su mirada me penetraba como una daga, pero todo el resto de su ser irradiaba tanta paz que te daban ganas de hacer yoga.

He aquí cómo esta mujer comienza a devorarme, pensé.

\* \* \*